

ACERCA DE LA VIVIENDA NATURAL EN LA  
REPUBLICA ARGENTINA Y ESPECIALMENTE  
EN MENDOZA

Por el Dr. MARIANO ZAMORANO

El concepto de vivienda natural, como tipo de habitación edificada con materiales reunidos en el mismo lugar en que se levanta, ha sido adoptado desde que fué denominada así por Francisco de Aparicio en su trabajo: *La vivienda natural en la región serrana de Córdoba*. "Aquellas viviendas —nos dice Aparicio— en cuya confección sólo se emplean materias primas suministradas por la naturaleza, adquieren, lógicamente, caracteres propios impuestos por las condiciones geográficas del lugar. Por esta circunstancia me he decidido a denominar "natural" el tipo de habitación aquí estudiado, usando esta palabra en el sentido en que Ratzel la aplicaba a "los pueblos que están más supeditados a la Naturaleza". (1)

En ese sentido, la vivienda natural resulta una prolongación del paisaje y compone una unidad indisoluble con los demás elementos ambientales. El "igloo" del esquimal, la habitación de hojas y ramas de los habitantes del Ecuador, la casa de piedra de las zonas montañosas, son el reflejo de una apelación inmediata al medio; integran, por sus elementos, la totalidad del paisaje en que se encuentran inmersos. No parecen obra del esfuerzo humano, sino nacidas del mismo

---

(1) APARICIO, F. DE, *La vivienda natural en la región serrana de Córdoba*, en "Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras", Serie A, t. I (Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1931), p. 7.

suelo. Establecen una relación estrecha entre la vivienda y los materiales de construcción que proporciona el medio.

La vivienda natural, por otra parte, patentiza en alto grado la interacción del hombre y la naturaleza; en nuestros días significa un testimonio un poco anacrónico del enfrentamiento primigenio del ser humano con su medio. Es una muestra del esfuerzo y del ingenio del hombre cuando se ve constreñido a limitar los alcances de su labor a lo que la naturaleza ambiente le ofrece de manera inmediata.

El rápido avance de la civilización, en todas las regiones de la Tierra, va incrementando, sin embargo, cada vez en mayor grado, el tipo de construcciones en las cuales el hombre aprovecha todos los elementos que sus antecesores han ido acumulando en el tiempo. Y así aparece la casa de ladrillos, o la mansión campestre hecha con todos los requisitos de la construcción moderna, quebrando esa ligazón inmediata entre vivienda y medio. A mediados del siglo veinte, no puede hablarse de un aislamiento tan severo que limite la esfera de acción del hombre a los recursos del ambiente inmediato en que vive. Particularmente cierto es esto para aquellos países europeos en que el progreso industrial ha sido más acelerado y ha influido enormemente en la construcción. En Alemania, Francia o Inglaterra, la vivienda rural ha perdido su color, en el sentido de una identificación con la naturaleza. Allí, en esos predios rurales, no puede hablarse de una vivienda natural en sentido estricto.

De ahí que autores como Demangeon, por ejemplo, en su artículo *L'habitation rurale en France*, opinen que la originalidad de un tipo de habitación "no reside en la elección de los materiales con que están hechos sus muros y sus techos, ni en los dispositivos que regulen su orientación y que permitan defenderlo contra las intemperies". Y si bien, como agrega, hay una influencia del medio geográfico, "ella no se ejerce directamente por el suelo y el clima; ella actúa esencialmente porque el hombre, al construir su casa, busca satisfacer las necesidades de su existencia cotidiana, las condiciones de su trabajo agrícola y los hábitos de su medio social". Y agrega más abajo: "La originalidad del tipo de habitación resulta

ante todo de la adaptación de la casa a la economía agrícola de la zona. En primer lugar la habitación, verdadero útil agrícola, se subordina al carácter de la explotación...". (2)

Estamos de acuerdo en que, como criterio clasificatorio, se adopte la consideración de la vivienda de acuerdo con su plan interno; que se consideren las conexiones que establece entre los hombres, las animales y las cosas; es decir, que se realice una diferenciación según la función agrícola o, en general, la actividad económica. Pero, en nuestro caso, intentaremos demostrar que, en nuestro país, a despecho del adelanto en la construcción, a despecho de los progresos acelerados de ella en el ámbito urbano, puede hablarse con propiedad, en muchas zonas, de una vivienda natural, y que es ese carácter, precisamente, un enfoque importante en el intento de estudiar y clasificar a la vivienda rural.

Una serie de razones se conjugan para hacer que en nuestra tierra exista todavía, como testigo anacrónico de una etapa superada en algunos otros países, la vivienda natural, la morada para cuya erección se recurre a lo inmediatamente ambiental. Si se quiere una enumeración de esos factores, que no implica, por supuesto, una consideración total, permítasenos indicar tres: 1) distancia; 2) razones económicas; 3) causas sociales.

Realmente, no puede dejarse de considerar el desamparo que significan las grandes distancias, en muchos casos implicantes de la imposibilidad de obtener los materiales de construcción más evolucionados que se usan en otros lugares y, por oposición, la comodidad de apelar a lo directamente a mano. El campo argentino, por la distancia enorme con que separa a veces la casa de sus pobladores, obliga en muchas oportunidades a esa apelación urgente, premiosa, a los elementos más cercanos y de ahí, en esas casas-islas que son verdaderos mojones en el kilometraje sin medida de esos desiertos, la existencia de ejemplos en los que la denominación de vi-

---

(2) DEMANGEON, A., *L'habitation rurale en France*, en *Problemes de Géographie Humaine*, Paris, Colin, 1947, p. 285.

vienda natural adquiere una estrictez y una propiedad apodíctica, casi total.

A la influencia negativa que supone el relativo aislamiento, hay que agregar, como hecho que obliga a dirigirse a los materiales más próximos, la economía que ello significa. Para la gente alejada de las *standardizadas* casas urbanas, si cuentan con escasos medios de subsistencia, la utilización de los elementos vegetales del medio, a los que se agrega casi siempre el barro como cobertura general de techos y paredes, supone una solución fácil del problema del alojamiento. Como factor mancomunado, la distancia significa también un aumento en el costo de la construcción, porque trae consigo la necesidad del transporte y el encarecimiento consiguiente a esa movilidad.

No hay duda, en este aspecto, de que existe una relación de la vivienda con la actividad económica, con la mayor o menor prosperidad que esa labor provoca. En ese sentido, las viviendas más pobres corresponden a los lugares más retirados donde el elemento de subsistencia lo constituye generalmente la cría de cabras. En esos parajes, donde las habitaciones participan del clima de desolación total, todavía suelen encontrarse simples refugios que aprovechan los accidentes naturales del terreno y que más bien parecen albergue de irracionales que de seres humanos (Fig. 1).

Pero quizá una de las causas esenciales del mantenimiento de esa vivienda natural antihigiénica y peligrosa para la salud de sus moradores, radique en la psicología especial del habitante de nuestros campos. A veces viven en lugares perdidos en el vacío de enormes distancias, a los cuales sólo llega en misión fugaz, de cuando en cuando, alguno que otro individuo de un medio cultural superior, recibido siempre con natural desconfianza. El aislamiento, el desconocimiento de una situación mejor, son causas de una actitud de abandono, de un permanecer estático que se refleja en esa indolencia que muchas veces nos asombra. No es raro encontrar una vivienda con su techo medio destrozado, o con una pared derruida, que, sin embargo, no ha habido el menor interés en componer. Sin duda el horizonte limitado, la vida rutinaria y sin ali-

cientes, han engendrado ese desgano, ese escaso afán por mejorar.

Un menor sentido de la perennidad de la construcción explica también la utilización de materiales fácilmente perecederos. Esta afirmación vale para todo el ambiente rural, incluso para las zonas agrícolas que gozan de una mayor prosperidad. La casa no es concebida como refugio afectivo de varias generaciones, sino como creación efímera que no ha

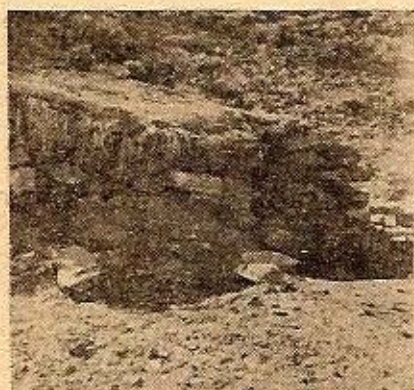


Fig. 1. Vivienda excavada en la pendiente de un cerro. Techo de cortadera y tierra. Mechiquil - Dpto. de Malargüe. (Foto A. Ruiz Leal)

Fig. 2. Rancho de junquillo, con armadura de algarrobo y álamo. Las Hormigas - Guanacache - Lavalle



de sostenerse mayormente en el tiempo. Su vigencia se mide por decenas de años. Y esto se liga a una menor fuerza del vínculo familiar.

No se da entre nosotros, como en muchos lugares de Europa, esa familia de tipo patriarcal en la cual el casamiento de los hijos no implica una separación. Todos continúan mo-

rando bajo el mismo techo, que seguirá cobijando luego a los descendientes, cuando asuman el papel director en el hogar. Por el contrario, en nuestro caso, la separación del tronco paternal supone la ruptura con la vivienda, que significa una traba al deseo de independencia.

No se olvide tampoco la importancia fundamental del sistema de explotación indirecto. El menor vínculo con esa tierra que no le pertenece, lleva al arrendatario a no sentirse sino con una solidaridad momentánea hacia el suelo que trabaja y, como consecuencia, a improvisar su habitación.

Si buscamos muestras de vivienda natural en la provincia de Mendoza, vemos como en Guanacache, por ejemplo, el problema de su caducidad y de su pobreza no reside exclusivamente en la construcción misma, para la cual se recurre, en la mayoría de los casos, al junquillo (Fig. 2). La precariedad de la habitación así erigida, completa un cuadro de extrema indigencia si se agrega a ello que falta a veces de manera casi total un elemento vitalísimo como el agua, y la obtención de ella se reduce a un simple pozo que proporciona el preciado líquido en pésimas condiciones de potabilidad.

La necesidad obliga en muchas zonas a esa utilización de los elementos vegetales o minerales aledaños, al conjuro de una tiranía geográfica que todavía hoy, en pleno siglo veinte, se ejerce en forma apremiante para esos habitantes librados a sus propias fuerzas. Un conformismo incomprensible para nuestra mentalidad los mantiene inmutables y sin afán de modificar su situación. La sujeción al medio brinda ejemplos convincentes de vivienda natural en el mismo Guanacache, donde era casi obligatorio, hasta hace poco, el empleo del junquillo para la erección de las paredes y techos de las casas. Condenadas a la desaparición, esas viviendas constituyen restos de una técnica de construcción que morirá junto con su material, que ya no se encuentra en lo que antiguamente fueron extensas lagunas (Fig. 3).

Esa necesidad lleva al uso de los materiales más disímiles. En el actual Dpto. de Malargüe es común encontrar viviendas levantadas exclusivamente, salvo la armadura, a base de cortadera (Fig. 4). De la misma manera, se recurre

Fig. 3. Rancho abandonado. Paredes de junquillo y chilca. La Balsita - Guanacache - Lavalle.  
(Foto Fidel Roig S.)



Fig. 4. Vivienda de cortadera y barro. Armadura de sauco. Puesto El Trapal - Dpto. de Malargüe.  
(Foto Gerónimo Sosa)

Fig. 5. Vivienda con muros de canto rodado cementado con barro. Los Arbolites - Tunuyán.

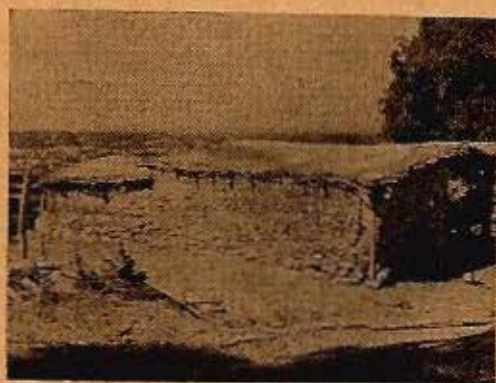




Fig. 6. Vivienda temporaria hecha con *Sporobolus rigens*. Armadura de algarrobo. Capilla del Rosario - Guanacache - Lavalle.

Fig. 7. Rancho de quincha (caña de maíz y barro). Armadura de álamo. Carrizal del Medlo - Luján.  
(Foto Gerónimo Sosa)



Fig. 8. Vivienda de adobes. Armadura de sauce y álamo. Techo del alero de chilca. Ugarteche - Luján.



a la piedra en los lugares adyacentes a los ríos (Fig. 5). Si las viviendas sirven solamente como refugio transitorio, su construcción, como es lógico, se realiza con mucho menor cuidado (Fig. 6).

Y no se crea que esos ranchos se encuentran únicamente en las regiones pastoriles y más pobres. En plena zona irrigada, en terrenos donde la agricultura puede proporcionar recursos para elevar el nivel de vida, abundan aún las inconsistentes casas de quincha (Fig. 7). El rancho de adobe, cuyas condiciones son muy pobres en la mayoría de los casos, es el abrigo de quienes, pese a esa precariedad, están en una escala superior en cuanto a la bondad de la construcción que los guarece (Fig. 8).

Bien está que nos ligue con el rancho argentino un interés sentimental y, por tal razón, tratemos de preservar su recuerdo antes de su inevitable desaparición; porque ésta, más tarde o más temprano, ha de producirse. Así lo dice Aparicio: "El rancho, débil factor antropogeográfico, no podía resistir a la profunda transformación que el hombre opera sobre el suelo de América. Condenado a desaparecer fatalmente, sólo resta a los que sentimos profundo amor por las cosas de la tierra estudiarlo, para salvar al menos su recuerdo, como se asegura el documento iconográfico de un ser querido que se sabe destinado a desaparecer pronto". (3)

Bien está, igualmente, que con simple afán especulativo, nos alleguemos a él para estudiarlo, tratando de encontrar su razón de ser y de existir.

Pero es indudable que la vivienda natural, por sus caracteres modestos, por su falta de comodidades mínimas, por su inconsciente acción atentatoria contra la salud de quienes la habitan, significa un factor de atraso. Sobre todo, queremos ligar aquí su acción negativa relacionándola con otro problema que va convirtiéndose en crucial para la vida argentina: el desdoblamiento de nuestro campo.

Las condiciones precarias que ofrece la vivienda construída con los escasos elementos del medio no las advierte el

---

(3) APARICIO, F. DE, *op. cit.*, p. 168.

individuo cuando su visión no va más allá del horizonte siempre igual en que transcurre su vida. El habitante completamente alejado de las ciudades no percibe las ventajas materiales de ésta, no se deja seducir por su canto de sirena mientras no la conoce. Pero hoy el hombre de ambiente rural puede trabar contacto en una o más oportunidades con la ciudad, y contrapesar lo que es la existencia en uno y otro lugar. Los fines del individuo cambian entonces, y el conformismo con la situación anterior desaparece. Hay en este cambio de finalidad una afinidad indudable con lo que el sociólogo Simmel (4) implica en la relatividad del concepto de pobreza. Cuando ocurre que el hombre pobre no sufre por la discrepancia entre sus recursos y las necesidades de su clase, no existe para él pobreza en sentido psicológico. Sus fines no se emparentan con la ambición de obtener algo más de lo que le brinda su medio. Cambiados estos fines, por la diferente mirabrotada al contacto con un ambiente mejor, en el sentido material por lo menos, podemos decir que surge ese sentimiento de pobreza y nace, por consiguiente, una ambición para superarla. Sus recursos le resultan insuficientes para sus aspiraciones y ahora es psicológicamente pobre, porque se ha propuesto fines superiores a los empeños propios de su clase y a la cuantía de sus recursos. Esa ambición de una vida mejor, superior al horizonte de antaño, es, sin duda, una de las causas del éxodo del campo a las ciudades.

Cuando ese deseo surge, ya no se encuentran en el campo los elementos que puedan contraponerse a esa otra vida entrevista, con ventajas positivas de todo orden. El desasosiego comienza, porque ha cambiado aquel individuo antes contento de su suerte: "Si el campesino tonkinés —dice Le Lannou— vive en una indigencia que se emparenta con la miseria, no vive en la desesperación, por tantas satisfacciones compensadoras que encuentra en el mundo tradicional, familia y pueblo, que

---

(4) SIMMEL, J., *Sociología. Estudios sobre formas de socialización*. t. II (Madrid, Espasa Calpe, [1949]), p. 88-89.

lo rodea" (5). Y podemos agregar, con Max Sorre: "...la imagen que los hombres se hacen del bienestar es tan importante como la masa de bienes de que disponen". (6)

No pretendemos demostrar, ni es tampoco el objeto de estas líneas, que el problema de la creciente concentración de los habitantes en las ciudades, se deba exclusivamente a las pocas comodidades y al menor aliciente económico que pueda ofrecer la vida en el campo. El problema es complejo y no es tampoco sólo local. Lo cierto es que, si nos remitimos al Censo Nacional de 1947, se ha agudizado la irregularidad que constituye el hecho de que exista una mayor población urbana que rural, y así como en el siglo pasado un 67 % de los pobladores de la Argentina vivía en el campo y un 33 % en las ciudades (Censo de 1869), hoy las cifras, manifiestamente invertidas, dan un 62,5 % de población urbana y un consiguiente 37,5 % de población rural.

Creemos que no es de despreciar el factor psicológico en la despoblación del campo. La afición a la vida muelle, a la vida fácil, ha penetrado como una carcoma en la conciencia de los hombres. Hay esa tendencia a disfrutar de los goces de la vida en los centros importantes, de sus diversiones, de sus matices variados. No es posible calcular la proporción en que este factor incide en la concentración urbana. Pero debemos creer que el hombre busca su mejoramiento económico en las ciudades como medio para disfrutar más ampliamente, con ese evidente criterio materialista, tan propio de la época.

El espejismo actual de las ciudades, con su cortejo de comodidades, de *confort* —nada más apropiado que el término francés en este caso— aleja al campesino del lugar donde su tarea es más necesaria. Es urgente e impostergable que nos avoquemos a la solución de este problema, cuyas proyecciones pueden ser muy graves. Si bien existe actualmente

---

(5) LE LANNOU, M., *La géographie humaine*, Paris, Flammarion, [1949], p. 113.

(6) SORRE, M., *Les fondements de la Géographie Humaine*, Tome premier: *Les fondements biologiques. Essai d'une écologie de l'homme*, Troisième édition, Paris, Colin, 1951, p. 418.

un equilibrio que se asienta en la mayor productividad del agro, puede entreverse la amenaza de un serio desequilibrio en un futuro no muy lejano. La madre tierra, que al brindar su seno a nuestros cultivos y a nuestro ganado, hizo la grandeza del país, es hoy desatendida cada vez en mayor grado por las manos del hombre. Es tarea necesarísima posibilitar el afincamiento del campesino en el predio rural, formar conciencia de las ventajas y los beneficios para el país de la atención del campo, crear allí condiciones de trabajo locales que contrapesen las ventajas de la ciudad, y encarar la construcción de la vivienda sana, higiénica, confortable, que pueda oponerse, limpiamente, al peligroso encantamiento de la urbe.

